CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XXII

"Mi querido Roberto:

"Hace tres semanas que no os he visto. No quiero referirme á los dos ó tres encuentros que hemos tenido en los salones, y en los que habéis venido á saludarme con galantería, ni tampoco á esas trivialidades que hemos cambiado ante la gente que nos miraba con curiosidad y ante los que nada íntimo ni interesante podíamos decirnos. Esto, sin duda, parecía agradaros. El arte de escoger su terreno es un precioso dón para el soldado. Tenéis grandes probabilidades de ser un excelente general.

"Huís de mí. No tengo la más pequeña duda sobre este particular. Así, pues, ó me aborrecéis, ó por lo menos no estimáis en nada mi amistad. Nuestras cortas relaciones os pesan y queréis terminarlas, ó mejor dicho, han terminado.

"Estoy triste y humillada.

"Sufro en el corazón y en el alma.

"Yo no os he buscado. Habéis venido á mí, y en seguida me agradásteis. ¿Por qué? Lo ignoro. Vos realizábais el ideal, que como todas las mujeres, tenía yo en el alma. Sois la copia de un cuadro creado por mi imaginación.

"No solicité vuestro amor. Vos me lo ofrecisteis en un lenguaje que me convenció, y lo acepté, poniendo con franqueza mis condiciones.

"Os prometí ser vuestra, exclusivamente. Reclamé de vos un juramento semejante. Yo cumplí el mío, ¿qué habéis hecho del vuestro?

"Yo me creía bastante hermosa para poder conservar un amante á mis rodillas más de seis meses. Vos me habéis probado lo contrario.

"Escuchad bien esto:

"Nosotras las mujeres del Norte estamos civilizadas, pero á veces se despiertan en nosotras instintos salvajes. Nuestra voluntad no se doblega fácilmente al capricho de los demás, y no se nos puede exigir la sumisión á vuestras despreciables frivolidades. Si vuestras parisienses sufren una afrenta bajando la cabeza, no esperéis de nuestra parte la misma resignación, y si por mi condición hubiera nacido para la esclavitud, devolvería una puñalada por un latigazo y prendería fuego á la casa de mi propietario.

"Todo lo he arrostrado por vos, hasta lo más sagrado para nosotras que aún representamos ciertas superioridades. Todo lo dejé, mis fieles amigos, mi casa donde tanto me divertía, y mi país, que pronto volveré á ver, mas no an-

tes de ejecutar un proyecto que quiero comunicaros.

"Me había forjado la ilusión de que sacrificándome os encadenaba á mí eternamente.

"Ignoraba que otra mujer reinase como soberana absoluta en ese corazón que me ofrecisteis y que yo no solicité. Ignoraba también que cuando os arrastrábais á mis plantas jurándome un amor sincero y eterno, era ella quien os inspiraba, y que por último, me tomásteis á mí, la princesa Constanza, por distracción, como á una de esas desgraciadas que recorren vuestros boulevares, en la espera de poder engañar al marido de la que habíais escogido, y á la querida confiada y crédula que se entregaba á vos.

"Pero ahora estoy bien informada.

"Lo sé todo.

"He querido tener la seguridad para vengarme.

"Las rusas tenemos la sangre tan fría como nuestras regiones natales, y cuando formamos un proyecto, es después de haberlo lentamente reflexionado.

"Si yo no os amase me callaría y os castigaría después.

"Un resto de afección vive aún en este corazón que ya no os pertenece, os lo advierto.

"No esperéis de mí, hidalgas generosidades. Usaré de las armas y los medios que la casualidad ponga á mi alcance, para devolveros todo el mal que me habéis hecho.

"Y ahora me voy á permitir daros un consejo.

"Creo conocer á los hombres.

"Valen más que nosotras; pero los mejores

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

suelen llegar muchas veces á ser muy terribles.

"Desconfiad del general.

"Si él, el honor personificado, la lealtad misma, se viese coronado á lo último de su carrera por el ridículo de que vos le rodeáis, sería terrible. Es una idea que se me ocurre. ¡Meditadla!

"La bondad de esas naturalezas plácidas y bonachonas es como la del mar. Sereno y tranquilo hasta que sopla el Oeste, levantándose entonces sus olas enfurecidas, envolviendo en sus choques los barcos que antes sostenía.

"Es una alegoría.

"Estáis advertido.

"He sido sincera en mi amor, soy franca en mi aversión.

"*Adiós.*

CONSTANZA"

Se daba una gran comida en el hotel de la Avenida d'Antin.

Los convidados entraban en el salón.

El lacayo de servicio anunció:

—¡El señor de Pontis!

Un murmullo de curiosidad acogió al recién llegado, pues toda la corte de la princesa estaba al tanto del rompimiento de ésta con el capitán.

Roberto fué directamente á saludar á la dueña de la casa.

La princesa le recibió con gracia y le tendió una mano, al mismo tiempo que le decía á media voz:

—¡Habéis leído mi carta?

—¡En este momento!

—¿No estaba subrayada la última palabra?

—En efecto, lo estaba.

—Me parece haber escrito ¡Adiós! Me habrè equivocado.

—No princesa. Vuestra memoria os es fiel.

—Lo suele ser para los amigos que no lo son.

—Sin embargo, os debia una explicación y venía á dárosla.

—No os la pido. Podéis comprender que es supérflua.

—Me atrevo á esperar que la escucharéis.—Insistió Roberto.

—Si tanto os interesa....

—¿Cuándo podremos hablar?

—Esta noche, en cuanto se marchen mis convidados y estemos solos.

Y en alta voz, añadió la princesa:

—Rogad al señor de Riozares que nos cante una de sus romanzas.

El capitán se alejò.

—Caramba—objetò Saint Remy—yo creí que el enfado de Roberto con la princesa era definitivo; pero, según parece, nunca han estado tan amigos.

En una mesa de juego decía un diplomático á sus colegas.

—Ese Pontis es un guapo mozo. ¡Qué bonita pareja hacen los dos amantes! ¡No me extraña que la princesa le quiera! ¡La naturaleza se complace en los contrastes! ¡Moreno y rubia!

—¿Es toda esa ciencia la que habéis aprendido en vuestros viajes?

—¿Y qué, el amor bajo todas sus formas, fases y variedades, no es la ciencia más agradable y mejor que se puede cultivar?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

La voz del marqués de Riozares se elevó por encima de las conversaciones.

La princesa, apoyada en el piano, le escuchaba con atención.

Cuando el descendiente de los moros terminó su canción, una sentida romanza amorosa, la princesa se alejó del piano en dirección á Roberto, que estaba viendo jugar al "bezigue."

Lord Fowler saliò á su encuentro.

—Yo creí que habíais reñido con el capitán.

—No he sido yo, milord; ha sido él quien me ha dado calabazas.

—¿Y habláis con esa desenvoltura?

—¿Pues para qué se tiene la filosofía?

Lord Fowler tomó un aire de dulce reproche.

—Hace diez años—dijo—que ponéis á prueba la mía. Desde que hicísteis vuestra entrada en el mundo, mi vida tuvo un solo fin: mezclarse á la vuestra. Desgraciadamente, ese dia amaneciò un poco tarde para mí. Fué en 1844—esta fecha no se borrará jamás de mi memoria—el 16 de Enero. Hacía poco tiempo que os habíais casado con el príncipe Ivanowski. El emperador daba un baile en su palacio de invierno. Vos llevábais un vestido blanco y una corona de diamantes. Estábais... no hermosa, sino magnífica, resplandeciente, casi celeste.

Yo no habia amado jamás, porque no llamo amor al deseo pasajero y variable que nos lleva de una circasiana á una española, de una inglesa á una italiana, de una parisiense á una turca, según las etapas de nuestros viajes ó los caprichos de un instante, que dejan en

nuestro corazón las mismas señales que el patin sobre el hielo ó el pie de una dama, finamente calzado, sobre la arena de un paseo. Estaba vencido, dominado. Juré seguiros á todas partes. Mi mayor placer fué veros y estar siempre cerca de vos.

Vos os extrañásteis de verme sin cesar en vuestro acompañamiento, de llevarme, por decirlo así, entre vuestros equipajes, encontrándome como un accesorio en las mesas donde os sentábais y en las fondas donde la casualidad os llevaba.

Aquello os irritó.

Tuvimos una explicación.

Os expliqué el por qué de mi diplomacia, resultado de cuarenta años de estudios para unir mis pasos á los vuestros; mi encarnizamiento os pareció digno de risa y mi amor ridículo; pero me reconocísteis el derecho de amaros y reconquisté lo que ambicionaba, el permiso de veros, de hablaros, y la esperanza de que algún día veré trocada nuestra común simpatía en verdadero amor.

—Os juro que no será así, milord.

—No juréis. ¿Qué adelantais con destruir mis ilusiones? Yo no soy un pretendiente peligroso, dejadme amaros á mi modo.

—Como gustéis, mi querido señor.

—Recordáis, princesa, nuestra primera conversación. Fué en Berna, en el hotel de un tal maese Kraft. Todas las habitaciones estaban tomadas, la mía con dos días de anticipación. Una viva contrariedad se pintó en vuestro rostro. Yo, como siempre, llegué á tiempo.

—Princesa, os dije, si mi habitación puede serviros, os la cedo.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

—La acepto, con la condición de que el dueño forme parte del mobiliario.

Esta fué vuestra respuesta, seca y neta.

Os pregunté la causa de este propósito, del cual estaba encantado, pues había conseguido lo que deseaba, que me habláseis.

—¿Quisiera saber con qué derecho os colocáis siempre en mi camino?

—Con el derecho que tienen los viajeros pobres de amor, y á quienes pertenece el reino de los caminos.

—¿Y por qué, doquiera que me veis os ponéis á mirarme con gran impertinencia?

—Con el derecho que tienen los hombres en general y los ciudadanos de la libre Inglaterra en particular, de contemplar lo que les agrada, aunque fuese el mismo sol.

¡El hielo estaba roto, pero qué hielo! Había necesitado seis meses de asiduidades y atenciones para obtener aquel éxito. Os expliqué con fórmulas de profundo respeto la admiración sin límites que sentía por vos, y obtuve las gracias que solicitaba. Hasta me pareció que en aquella entrevista no os fuí repulsivo y ganaba una pequeña parte de vuestro afecto, entre vuestro perro favorito y el príncipe á quien veíais rara vez, y de quien os acordábais todavía menos.

—Sois un niño, pero os amo así.

—Sí, como madame de la Sibbliére amaba á La Fontaine, como á un mueble, un mono ó una cotorra.

Confesad que no soy exigente.

La princesa no contestó. Pensaba que aquella sincera adhesión merecía una recompensa, y le pagó con una mirada, que fué para lord

Fowler más embriagadora que los venenos de Circe para los compañeros de Ulises.

Aquel descendiente de los normandos no tenía más que una ambición, la de ver sonreir á la mujer que adoraba y besarla la mano.

Aquellos pequeños favores le bastaban, y antes que ser severo, hubiera cedido dos ó tres de sus casas de Londres.

Por obtenerlos mayores, habría enagenado su patrimonio, su nombre y hasta su alma; pero las de nuestros tiempos tienen tan poco valor, que desde la aventura de Fausto, hasta el mismo diablo ha renunciado á ofrecernos algo en cambio, de miedo á que le cojamos la palabra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XXIII

Tan pronto como el último invitado abandonó los salones de la princesa, ésta hizo señal á Roberto de que estaba dispuesta á escucharle.

El rostro de Constanza había perdido la plácida serenidad, conservada aún á su despecho, mientras duró la fiesta.

Cierta expresión de dureza, de mal agüero, había reemplazado á aquella aparente alegría.

Roberto, que la había examinado detenidamente, adivinó la tormenta que se preparaba, y juzgó más conveniente ir en su busca que esperar la descarga.

—Mi querida Constanza—dijo con cariñoso acento—el disimulo es indigno de vos y de mí. Vengo á haceros una sincera y completa confesión. El mundo no ha terminado con las sorpresas del amor; yo soy un ejemplo. Cuando marché á Rusia, llevaba en mi alma una violenta desesperación, de la cual esperaba librarme lejos de París.

A consecuencia de un error, al cual yo mismo había contribuido, una joven á quien amaba con pasión aceptó la mano de mi protector. El cariño que por él sentía podía únicamente compararse con el amor que profesaba á la joven. Atormentado por terribles é impotentes celos, lleno de colera contra mi mismo, busqué mi salvación en un nuevo amor.

Si esto hubiera podido salvarme, seguramente sería vos quien lo lograse, vos, tan hermosa, que las demás mujeres reconocen vuestra superioridad, y á cuyos pies todos los hombres se postran, vos, tan espiritual, que con vuestro talento las horas pasan junto á vos con la rapidez de los minutos, y que sois tan seductora y bondadosa, que tentado estoy de castigar mi ingratitud dándome una muerte voluntaria!

¿Por qué prodigiosa casualidad, ó más bien, por qué fatalidad funesta me habéis distinguido entre todos vuestros admiradores? ¿Como os pude agradar? ¡Hé aquí el misterio que todavía no he logrado comprender!

Al principio estuve deslumbrado por aquella inesperada fortuna, hija de la fantasía, del destino, que colocaba entre mis brazos una reina de gracia y hermosura.

Cuando recuerdo todo esto, se me figura que he sido víctima de una fascinación, y que una intensa fiebre me ha hecho soñar, y que una hada me ha proporcionado los placeres de otra vida para mi ignorada.

Cuando os juraba amor eterno y prometía ser vuestro solamente, lo prometía de buena fe. Si alguien me hubiese dicho, en aquel entonces, que mentía, que mi corazón no os pertenecía y que el amor que tantos insomnios y sufrimientos me había procurado, conservaba aún en aquel órgano de mi cuerpo hondas raíces, una de las cuales crecería dando vida á la pasión que yo creía muerta, me hubiera encogido de hombros, suponiendo que aquel profeta estaba demente y seguía el hilo de sus ideas.

Y sin embargo hubiera tenido razón.

Cuando bruscamente abandoné á San Petersburgo, terminando con censurable precipitación los estudios que estaba encargado de hacer, fué..... porque no podía vivir sin verá....

Roberto tuvo un momento de duda.

—¡A la condesa de Branville! - dijo secamente la princesa terminando la frase.

—Como queráis; no tengo el derecho de nombrar á nadie! Me asemejaba á un chino á quien va matando lentamente el ópio y no se decide á romper el vaso que le envenena. ¡Todas mis ansiedades, mis celos, despertaron de pronto! ¡Quería verla, hablarla; no tenía otras intenciones, os lo juro; confesarla mis tormentos, mas sin solicitar el remedio! No reflexionaba, estaba impulsado por un absoluto poder que me dominaba, haciéndome ignorar el fin de todo aquello.

¡Me acompañisteis á Paris! Emocionado por aquella prueba de afecto, encantado de respirar el mismo aire que la condesa, creí por un instante que había terminado con las obsesiones que me destrozaban el corazón.

Los días que siguieron á nuestra llegada á Paris, fueron días de esperanza para mí. Me sentía renacer, y contento con la amistad de dos mujeres adoradas, me arrullaba la ilusión

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

de que me estaba reservado el más plácido porvenir.

Pero cuando un amor culpable entra en nuestras venas, es lo mismo que el veneno, que no cesa su fatal acción sino después de corromper hasta la última gota de nuestra sangre. ¡El demonio de los celos tardó muy poco en aparecérseme y recordarme que no se olvidaba de mi!

Os hago gracia de fastidiosos detalles y esfuerzos que he soportado, y á los cuales seguramente no daréis el menor crédito. Hubiera querido estar á cien leguas, y no me era posible huir. Ignoro si habria tenido el suficiente valor.

Soy un insensato. He perdido hasta la noción del reconocimiento que os debo. Incapaz de dirigirme, cobarde, sin energía, aplastado por la dominación de ese despòtico sentimiento, me aniquila, me he quedado como un objeto inerme, fijo en el sitio en que me ha colocado mi sino fatal. Ya no tengo valor ni voluntad, estoy vencido, no me pertenezco, sé que estoy perdido, sin que la mujer á quien amo haya hecho el más leve esfuerzo para retenerme y afianzar en mis manos, unas esposas que no puedo romper.

Si á un hombre de honor le está prohibido humillarse ante otro hombre, se le permite en cambio hacerlo frente á la mujer adorada. Me arrodillo y os pido perdòn. ¡Perdonadme el mal que involuntariamente os causo y que á costa de mi vida quisiera evitaros!

La moscovita, recostada en su butaca, dejaba vagar, indolentemente, su mirada por los artesonados del techo: su rostro impasible

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

no denotaba emoción alguna, apenás si de tiempo en tiempo se dignaba mirar á su amante para tomar otra vez su actitud meditabunda y perezosa.

—Aun hay un punto que dejais en la osbcuridad que quiero conocer.—Objetó la princesa cuando Roberto cesô de hablar.

—¿Cuál?

—¿Es vuestra querida, la condesa?

—¡Me pedia un secreto que no me pertenece! ¡Aunque lo fuese no os lo diría jamás!

—¡Hé ahí la reserva de vuestra civilización! ¡Quiero saberlo, por más que podria decir que lo sé! Respondedme. ¡Si ó no!

El capitán se ahogaba, no se atrevía á contestar.

—¡No!—Dijo por fin con apagada voz.

—Entonces ¿qué es lo que haceis á su lado?

—Cometer una villanía. La amo y eso es ya un crimen.

—?Y si, como en el baile de la otra noche, la hiciéseis conocer el estado de vuestro corazón?

—No me escucharía.

La princesa se levantó.

—¡Mientes!—le dijo,—yo voy á terminar tu confesión.

Tú has amado siempre á Gabriela Desgranges, pero dudaste al verla arruinada, y únicamente cuando el general de Branville la rehabilitó, casándose con ella y rodeándola del lujo que conviene á su hermosura, y á su educación, renació en tí la pasion.

¡Hay en nosotros una cobarde envidía que no hace desear para nosotros el bien ajeno!

Este sentimiento es vil y universal.

Tú sucumbiste á él.

Demasiado débil la condesa, cedió ante tus súplicas y juntos sois cómplices de un horrible crimen, de haber engañado miserablemente á un hombre bondadoso, á quien ambos debeis todo cuanto sois.

Hay varios síntomas que no engañan y que una mujer, cuando ama, interpreta con facilidad.

Yo tenía celos, te vigilé y lo comprendí todo.

Vuestra comun acción, la tuya sobre todo, es una cobardía.

Tú mismo lo has dicho.

Tu honor se opone contra esa pasion miserable, y los sofismas que has invocado en tu favor son inpotentes para evitar que la vergüenza suba á tu frente.

Esa misma vergüenza, á más de lo que yo haré, será tu castigo.

No te creas seguro mientras esté en París.

Cuando sepas que estoy léjos, podrás recobrar la tranquilidad, ¡será que te he olvidado!

El capitán, pálido y temblando de ira, escuchaba con impaciencia á la princesa.

Con el sombrero en la mano dispuesto á salir, sentía extremecimientos de cólera correrle por las venas.

Altiva, mirándole con desden, la princesa subrayaba sus frases que azotaban como un látigo, el rostro de su amante.

Tomaba el desquite con la fria crueldad de las mujeres humilladas.

Roberto iba á contestarla con furor, pero

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

recordó á tiempo los buenos momentos de que la era deudor.

¿Qué probaba su violencia?

¡Que le había amado, que le amaba aún!

—Constanza—dijo con dulzura—sabéis que os equivocais; sois injusta conmigo. Una sola de vuestras acusaciones me rebaja y humilla. ¡Habéis hablado de calculos interesados! Si ese despreciable deseo me guiase, si en una mezcla infame bubiese reunido estos dos sentimientos que se excluyen, el amor y el interes, ¿qué otra mujer podría ofrecerme las satisfacciones que hubiera ambicionado, sino vos que sois tan poderosa, que parecéis una reina de las Indias con vuestros célebres diamantes, vuestras innumerables tierras y vuestros cuantiosos tesoros? ¿Qué he hecho yo si no dedicaros, desde el dia que os conocí, mi más apasionada adoración? Aunque hagais lo que decis, jamás lograréis borrar de mi corazón el recuerdo de las felicidades sin cuento, que con tanta liberalidad me habeis otorgado; jamás dejaré de perteneceros y no tendréis más que hacer una indicación, formular el más nimio desec para que yo os obedezca.

La princesa le interrumpió de pronto.

—Palabras, nada más que palabras—dijo con aspereza.—Vosotros, los franceses, pensais que todo se arregla con frases armoniosas. ¿Dices que serás mio? Sin duda como el caballero andante protector de Dulcineas. ¡Qué puede importarme tu protección si es el corazón lo que me debes!

El capitán se aproximó á la princesa y la cogió una mano.

—Constanza—dijo con cariño,—yo te creí

buena y lo eras ántes. ¿Qué es lo que te ha cambiado hasta el punto de que casi no te reconozco? Acuérdate bien. Lo que te pedí fué un remedio contra el mal que me minaba ¡Así te lo confesé, y bendigo tu mano, que me procuró un bálsamo de inexplicabe dulzura! El mal triunfa. No creas que el amor, causa de tus quejas, sea para mi un manantial de felicidades. No encuentro en él más que sufrimientos, un continuo tormento y una acerba voluptuosidad, mezclada de vergüenza y remordimientos. A pesar de esto, no puedo defenderme. Me es tan imposible alejarme de la que me domina, como cesar de quererte ó de aborrecer tu cólera. ¡No acuses á la condesa, tú la has nombrado, de la desgracia que pesa sobre nosotros! ¡Te juro que ni con una mirada, ni con una palabra, ni con un acto cualquiera ha alentado la pasion que por ella siento! ¡Es inocente de los tormentos que sufro y de la desdicha que nos separa! ¡Quema esa llama que yo no puedo apagar! ¡Estoy como el árbol herido por el rayo, que perece sin que se descubra la huella de su herida! ¡Ya lo sabes todo! Ora segun te lo dicte el corazón. Condena ó perdona. ¡Dios nos juzgará!

La princesa separó su mano de las de Roberto y le rechazó.

—Para defenderla así—dijo—es preciso que la ames mucho. No te pregunto tus secretos. Los descubriria perfectamente sin tu ayuda y no tengo necesidad de tu falsa sinceridad. ¡Adios! ¿Juraste amarme siempre? ¡Has faltado á tu juramento! ¡está prevenido! ¡Adios!

Estaba resplandeciente de hermosura. Aquella pasiòn contenida, mezclada de rencor, daba á sus ojos el fulgor de la electricidad.

—¡No teneis piedad!—dijo Roberto fascinado.—¡Que Dios os perdone!

Estaba anonadado. Su rostro denotaba un dolor tan profundo, que la princesa sintió un segundo, su dureza hacia aquel amante, que para ella realizaba el tipo acariciado durante diez años de ensueños.

—¡Mucho te amaba—le dijo—pero has tomado el fantasma por la realidad!

Roberto quiso echarse á sus pies. La princesa le rechazò con dulzura.

—¡Vete!—le dijo—Tal vez tengas razón. Nuestro corazón es el juguete de desconocidas atracciones, que se complacen en desgarrarle. Vete y ya r flexionaremos, pero está prevenido. ¡Solo Dios sabe las resoluciones que puede tomar una mujer ofendida!

Y levantando los tapices que cubrían una puerta, desapareció antes de que el capitán tuviese tiempo de contestar.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XXIV

Viva y cruel fué la impresiòn que aquella escena produjo en el corazón de Roberto.

Sin embargo, no podia emocionarse profundamente, ni aun mucho tiempo, un corazòn ocupado con otro amor y exaltado por la posesión de una mujer largo tiempo deseada.

La princesa no era más que un accidente de la vida del oficial. Habiasela encontrado en el momento preciso para distraerle de una profunda pena, de la cual, preciso es decirlo, no pudo consolarle.

En todos los amoríos pasajeros suelen costar los rompimientos algunas lágrimas.

Los amores de la princesa y de Roberto habían terminado de una manera definitiva.

El capitán había cumplido con su conciencia humillándose ante su amante y explicando su conducta con toda la delicadeza exigida á un corazòn noble que no quiere hacer sufrir en lo más mínimo el orgullo de la mujer abandonada.

Por lo menos tenía la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Las amenazas de la princesa le inquietaban muy poco.

Caprichosa y fantástica, soberanamente despótica y personal, tal vez ella misma se equivocaba acerca de la pasion que sentia por el capitán. Es posible tambien que no hubiera soportado mucho tiempo aquellos amores, y si no se llegan á terminar de sí propios, podría suponerse que ella los hubiera cortado; pero no podía admitir que la abandonara sin su consentimiento.

La confesión de Roberto no la extrañó.

Habia en todo confirmado sus sospechas, trocándolas por una absoluta certidumbre.

Al atravesar los campos Elíseos, Roberto respiró.

La noche estaba apacible. Una agradable brisa corría por las avenidas.

El joven paseó un momento refrescando su ardorosa frente en los húmedos vapores de la noche.

Cuando llegó al hotel de Branville, todos sus habitantes dormian.

Eran las tres de la mañana.

Al atravesar el pasillo que conducia á su cuarto, se paró un instante cerca de una ventana abierta que daba al jardín.

El ruido rápido de un carruaje que se paraba cerca del hotel, llegó hasta su oido, y algunos minutos después notò que abrían la puerta del jardín. La sombra de una mujer se deslizò rápidamente por las avenidas, y entro con sigilo en el vestíbulo.

El ligero ruido producido por el roce de un vestido sobre la alfombra, anunciò la proximidad de la dama misteriosa.

Pronto pasó al lado del joven, quien la detuvo por un brazo.

Era Rosa.

Sorprendida, iba á gritar, cuando reconoció á Roberto.

—¡Qué susto me habeis dado! ¿Qué haceis á estas horas á la puerta de vuestro cuarto?

—Acabo de llegar. A tí es, Rosina, á quien hay que preguntar de donde vienes. Ese coche que te ha traido, tu furtiva entrada por el jardin, ese sigilo con que andas; todo eso es muy misterioso!

—¡Es verdad!

—Algun amante, ¿no es cierto?

—Convengo en ello. Amo á una persona y soy correspondida. Ese es todo el misterio

—Eres muy bonita, y debes tener mucho cuidado, pues el amor es un peligroso juego para las jóvenes.

—¡Oh! no digais nada á la señora. ¡Ningun mal hago si no es á mí misma!—dijo entre sollozos la hermosa camarera.

—No tengas ningun temor, y duerme bien, si es que puedes,. Pero, dime: ¿tienes confianza en tu amante?

—¡Oh, sí! Si el quisiera, pues es muy rico, podría tener otras más hermosas que yo, y me prefiere por amistad, no por otro motivo.

—Anda á acostar. Eres muy romántica. Mañana ú otro dia me contarás tu historia. Pero repite lo menos posible esas escapatorias. Hasta mañana Rosina.

—¡Buenas noches, señor Roberto!

Y la doncellita se dirigió á su cuarto mientras Roberto entraba en el suyo tarareando el ária de las joyas del *Fausto*.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

XXV.

Dos meses pasaron.

La condesa estaba más fresca y encantadora que nunca. Era la dicha de la vida ambulante, una personificacion de la felicidad.

Y en efecto, Gabriela era feliz.

Despues de luchar contra una pasion que la habia dominado, y de revelarse contra una falta que la avergonzaba, terminó por adormecerse en una serena indiferencia y la costumbre impuso silencio á las quejas de su conciencia.

Seguia con tranquilidad la corriente y no hubiera hecho el más leve esfuerzo para volver á ocupar las alturas abandonadas y cuya pérdida no echaba de menos.

Su existencia estaba dividida en dos partes. La una amplia y sin parsimonia consagrada á su deber, que cumplía generosamente definiéndole del siguiente modo: hacer dichoso á su marido proporcionándole todas las alegrías posibles en sus últimos años.